Globethics Repository



El papado para la conciencia crítica moderna [The papacy to modern critical consciousness]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Tuñón de Lara, Manuel
Publisher	Asociacion Iglesia Viva
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-16 06:25:23
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/223606

EL PAPADO PARA LA CONCIENCIA CRITICA MODERNA

Por MANUEL TUÑÓN DE LARA

¿EL PAPA? ¿CUANTAS DIVISIONES?

Esta es la frase, atribuida a Stalin en una reunión de los Tres Grandes, que contrasta con la conocida sagacidad del dictador georgiano. Claro, ni un solo mortero, ni un solo carro de combate; pero un poder de hecho sobre la subjetividad de millones de conciencias que puede teleguiar mandos de divisiones acorazadas y estados colectivos de ánimo.

Ignorar ese dato, sencillo y grande a la par, es falsear de entrada todo el problema de la inserción del Papado en la constelación de fuerzas políticas e ideológicas de nuestro tiempo, en la óptica desacralizada de los no creyentes.

El Papado, a través de los siglos, de sus avatares y zig-zags, representa a escala internacional un poder ideológico (que para mí puede situarse dentro del entramado de las ideologías y sus bases sociales) y un poder de la fe, de la conciencia religiosa, que es específico y que puede coincidir o no con aquél. (Claro que el problema, para los que somos historiadores, es de saber si la ideología del Papado, a partir del siglo IV, ha sido o no prioritaria sobre los actos específicos de fe.)

No creo que se nos pueda tachar de partidismo por afirmar que el Papado tiene una existencia histórico-concreta (su tiempo histórico o terrenal) muy vinculada a las estructuras sociales de cada período, y aún más, a las formas estatales de dominación. Pero lo que puede ser más o menos conflictivo en la historia concreta de cada formación social

(y lo es mucho, en la nuestra, la española, donde el protagonismo histórico eclesial ha sido tan pronunciado) es asunto todavía más grave a nivel ecuménico, puesto que la tradición del Papado como Estado, como institución del Poder que se confunden con otras análogas de ese género, es decir, lo que hoy llamamos el Vaticano, le ha dotado de una ambigüedad histórica no exenta de peligros. Y no nos referimos ahora a la estructura burocrática eclesial, para sus fines específicos, por entender que escapa a nuestro enfoque agnóstico de hoy, sino al aparato del Estado vaticano que, innegablemente, se imbrica y confunde con el aparato pontifical en los más altos niveles. De ahí que el problema de una «ideología» de la Iglesia (además de la fe religiosa) se plantee con singular fuerza al tratarse de la cúspide Papado-Vaticano. El Papado tiene hoy una diplomacia que, en sus aspectos formales, puede asemejarse a la de cualquier otro Estado, pero cada Nuncio y cada nunciatura tienen una fuerza y una proyección ambivalentes.

Por consiguiente estamos obligados a tomar la cúspide del conjunto eclesial en su compleja totalidad. Para nosotros hay, a ese nivel, un *aparato eclesiástico* (o aparatos) cuyo comportamiento y cuya producción ideológica inciden con fuerza en la sociedad universal de nuestros días. Hemos, pues, de decir lo que esperamos —o lo que no esperamos— de esos aparatos y, en primer lugar, de la primera personalidad, el Sumo Pontífice, altamente determinante, puesto que la Iglesia sigue funcionando como una monarquía autoritaria, suavizada en los últimos tiempos por el paternalismo y por la cooptación (cooptación restringida, puesto que los cardenales eligen al Papa, pero es el Papa quien hace los cardenales; y esto me hace pensar en aquella nuestra desdichada Ley Orgánica del Estado en que el Consejo del Reino nombraba al Jefe del Gobierno, pero el Jefe del Estado nombraba la mayoría del Consejo del Reino, etc.).

Pues, bien; digámoslo ya, netamente: para los no creyentes existe la sensación de un peligro de involución, de una marcha hacia atrás de la Iglesia, de una institucionalización más rígida, a despecho de espectaculares populismos de fachada, de un estrechamiento de lazos de la Iglesia con las clases dominantes que serviría a éstas para instrumentalizarla una vez más como factor *legitimador* de su poder. Precisamos que se trata tan sólo de una impresión que se ha venido apoderando de nuestro ánimo desde la desaparición de Paulo VI; por consiguiente no tiene aún una construcción conceptual elaborada, pero tampoco es una impresión superficial y todavía menos producto del prejuicio (quien esto escribe ha venido militando toda su vida no sólo por el diálogo, sino por la cooperación fraternal entre cristianos y no creyentes —ateos o agnósticos—, y no digo entre católicos y marxistas porque pienso, con mi

amigo Alfonso Comín, que se puede ser ambas cosas al mismo tiempo, cuando no se es *integrista* ni del catolicismo ni del marxismo).

Una ojeada histórica, por leve que sea, a la historia vaticana durante el período que solemos llamar «historia contemporánea» (es decir, desde 1808, según unos; desde 1834, según otros, en los que me cuento) y a su expresión en España, nos muestra no sólo una vinculación general con las clases dominantes, sino también otra específica con aquellas que representaban formas de dominación ya periclitadas históricamente (asunto, sin duda, complicado, porque al ser las congregaciones religiosas dominadoras de parte del suelo con jurisdicción de tipo feudal, tuvo forzosamente que operarse un reflejo de defensa ante los ataques de los gobiernos «liberales», que preferían atacar a la Iglesia para salvar a la gran burguesía agraria, aristocrática o plebeya, es igual). El pontificado de León XIII, por algunos considerado como progresista, y que indudablemente desempeñó una función positiva en nuestra patria dado lo integrista de la mayoría del clero (parte del cual rezaba «por la salvación del Papa»), no era más que la clásica operación de pararrayos ante la tormenta, que la historia nos muestra repetidas veces. León XIII condena la lucha de clases y predica la «armonía de clases» sin que para lograrla cambien las relaciones capitalistas de producción. Ciertos aspectos de *De rerum Novarum* que puede parecer crítica social son más bien una crítica al desarrollo capitalista desde el punto de vista nostálgico de la sociedad del antiguo régimen, exaltando así a labradores y artesanos de otros tiempos (como le ocurre, entre los laicos, a nuestro Ganivet). Pero para León XIII no sólo la desigualdad social es inevitable, sino que cada cual debe aceptar resignadamente la situación en que Dios ha querido colocarle. El fin esencial en este caso es construir un dique contra la corriente creciente del socialismo —esa «peste mortal»— a fines del siglo XIX. La solución para León XIII serían las corporaciones y su asociación con el capital. Claro que, al mismo tiempo, la ductilidad y la finura de León XIII le hacen comprender las ventajas de convivir con los gobiernos de la burguesía liberal y, en general, de esa comprensión viene su doctrina del «poder de hecho» aplicada por el Vaticano y por el sector no integrista de la jerarquía española (Vidal y Barraquer, Illundain) en la primera época de la segunda república (y, en parte, en la segunda, puesto que desde la creación de Acción Nacional versus CEDA hasta los gobiernos de 1934 y 1935 todo es aplicación de esa doctrina).

Nuestra experiencia histórica del Papado ha sido mucho más triste en la larga época de Pacelli, puesto que históricamente denomino como tal una primera en que el futuro Pío XII es determinante en su calidad de secretario de Estado con omnímodos poderes, y otra, desde marzo

de 1939, en que ha sido ya elevado al solio pontificio. Su tendencia a ingerirse en los asuntos internos de los Estados, so pretexto de defender la religión, es manifiesta desde su actuación como Nuncio en Munich (lo que está explicitado más tarde en su carta al primado español que éste recibe el 29 de abril de 1931), doblada de una preocupante tendencia a considerar como consustanciales la *religión* y el *orden social.* No sabemos si es esa óptica la que le hizo juzgar luego con dos pesos y dos medidas diferentes los crímenes cometidos en la zona franquista y en la zona republicana, ni la que le llevó, a partir de 1949 (1), a convertirse en un factor de *legitimación* para uno de los campos de la guerra fría. Para los españoles no creyentes (y sospecho que también para muchos creyentes) el delirante telegrama de Pío XII a Franco el 1.° de abril de 1939 (y el subsiguiente mensaje a la nación española fechado a 16 de abril) no puede ser de grato recuerdo. Y en cuanto al Concordato de 1953, si desde mi punto de vista agnóstico me parece una cesión inadmisible de funciones y servicios del Estado a la Iglesia a cambio de beneficios de orden material y de una participación en el Poder político, pienso que para un cristiano será, probablemente, una triste hipoteca espiritual a cambio de un repertorio de privilegios que favorecen mucho más al aparato eclesiástico que a la religión.

Lo antedicho sirve para ayudar a explicar nuestra actitud de reserva en esta coyuntura. En efecto, tras la grande y luminosa esperanza que ha representado el pontificado de Juan XXIII (a cuya irradiación humana y moral parece imposible que nadie pueda resistirse), seguido del período de altos y bajos, verdad es, pero de indiscutible dignidad, de talante aperturista y de diálogo que ha sido el de Pablo VI, no podemos contentarnos en este último año con un balance de gestos espectaculares en los que fácilmente se juega con reflejos viscerales de lo más elemental en las masas, y todavía menos con actos de apariencia religiosa susceptibles de cubrir una subyacente intencionalidad política. Comprendemos y respetamos los sufrimientos que haya podido experimentar en su larga vida de lucha el hombre Wojtyla, pero sería deseable que las vivencias emotivas, e incluso los esquemas conceptuales que de ello se desprendan queden en las puertas de San Pedro.

¿QUE ESPERAMOS, ENTONCES, DEL PAPADO HOY?

En primer lugar que no refrende ninguna operación en la que la Iglesia intervenga como factor de *legitimación,* que no autorice ninguna

(1) Decreto del Santo Oficio de 30 de junio de 1949 y Declaración de Pío XII a propósito del Pacto Atlántico.

instrumentalización de la Iglesia ni de la religión. No parece demasiado pedir, y esta esperanza creo que podríamos compartirla con todos los para quienes la religión es una fe y no una «ideología».

Hasta aquí es algo así como aquello que esperamos que el Papado no haga, esperamos de él por omisión. Ahora, lo que esperamos que haga, por acción.

En primer lugar está la acción por la paz del mundo. Desde la silla de San Pedro se puede actuar por la paz del mundo como sucesor del mismo, pero también como jefe de un Estado, el Vaticano, que ya sabemos cuenta con algo más que divisiones acorazadas.

No hay que hacerse ilusiones. Si vivimos un período ya largo de treinta y cuatro años de paz a nivel planetario, está surcado de guerras parciales, de guerras coloniales, etc.; Viet-Nam, Argelia, Suez, Palestina, Congo, Angola, etc., están ahí sangrantes. Vivimos una paz precaria basada en el equilibrio del terror nuclear. Y esa paz no sólo es precaria, sino que la pagamos al caro precio del desarrollo elefantiásico de dos grandes superpotencias que gastan caudales inmensos de energía humana en amontonar elementos de destrucción a cual más eficaz y refinado. Y no sólo eso. Al obrar así se van creando entre los pueblos las barreras del recelo y del rencor, se van tejiendo las redes ideológicas de la insidia, de la mistificación. Ese equilibrio del terror se paga también al precio de la ingerencia en los asuntos de pequeños países y, en ocasiones, en relaciones de auténtico vasallaje internacional.

La paz, pues, nos es tan necesaria como el aire que respiramos. Pero una paz que no dependa del «teléfono rojo» (o «azul») entre dos supergrandes ni esté a la merced de cualquier provocación. Sólo una comunidad internacional con garantías jurídicas reales, controladas de abajo a arriba, puede ser una paz menos frágil que la actual. Una paz que para conservarla no exija que proyectiles de cabeza nuclear, submarinos atómicos, radars y satélites-espías se lleven el dinero que los hombres deberían consagrar a que la Medicina esté al alcance de todos, el cáncer vencido, así como otras plagas de la humanidad; ese dinero que tanta falta hace para universidades y escuelas, laboratorios y hospitales, para que no haya un niño sin escuela y sin vacaciones en el mundo (pero sin «cuentos» de aparatos burocráticos a lo «UNESCO and Co.»).

Que ponga toda su fuerza, sin reservas mentales, en beneficio de esa paz, eso podemos esperar los no creyentes de Juan Pablo II.

Podemos y debemos esperar que la palabra y el espíritu de Juan XXIII sobre las libertades de cada hombre y de cada pueblo se conviertan en

la manera de vivir su fe por millones de cristianos y, en primer lugar, del obispo de Roma. Este tema de las libertades no puede separarse, en nuestro tiempo, del de la justicia social. En efecto, nos negamos a dejarnos encerrar en el falso dilema de libertad o justicia social, o lo uno o lo otro, que sólo sirve a detentadores del Poder aquí o allá. Es verdad que la auténtica libertad no puede desarrollarse sino en condiciones de igualdad de posibilidades culturales y económicas; pero no es menos verdad que sin libertad y democracia no es posible pasar de la antesala de la justicia social. El lujo exultante de unos pocos, el derroche de quienes manejan los hilos del tinglado «consumista» cuando millones de hombres y mujeres pasan hambre, no tienen trabajo, carecen de acceso a la cultura, perecen sin atenciones médicas, o son víctimas de la «miseria moderna», superexplotados con tele y neveras a crédito; el omnímodo poder de las élites de la economía, los mecanismos crueles dictados por la norma suprema del beneficio privado... están reclamando la réplica actual de quienes conciben su vida evangélicamente.

Nuestro tiempo plantea múltiples problemas en los que tal vez el Papado tuviera una palabra liberadora que decir si se decidiera a abandonar una tradición tan cierta como triste: la de aceptar una situación de hecho sólo cuando han resultado vanos todos los esfuerzos de oponerse a ella. Pero al tratarse del conflicto social vamos más lejos: de nada sirve que la Iglesia deje de ser factor legitimante del antiguo régimen, como aparato ideológico de la feudalidad. Eso ya pasó y ni siquiera en España es sostenido seriamente. Sin duda ya es hora, ya se va haciendo imprescindible terminar con rutinas y nostalgias de otros tiempos, que son causa de ambigüedades y de apoyos efectivos a regímenes de verdadero genocidio como los de Argentina y Chile. Pero no basta. No es eso sólo lo que la hora histórica pide. A través de publicaciones diversas, de centros eclesiales de enseñanza, etc., se ha percibido la tendencia a ser ahora factor legitimante de la explotación social del siglo XX (no se trata ya del siglo XVII). Y no es que pidamos a la Iglesia, y menos a sus máximas autoridades, que «se pasen de campo» y denuncien las formas de explotación que encierra la llamada «sociedad de consumo» y su cortejo de mistificaciones. No; simplemente les pedimos que cesen definitivamente y para siempre los anatemas, por refinada que pueda ser su forma contemporánea, y que los católicos puedan vivir su fe al mismo tiempo que su compromiso sociopolítico, sin que en este último sufran la ingerencia de cualquier escalón eclesial instrumentalizado.

Porque no cabe duda, nos guste o no, que hemos entrado en una fase de crisis de civilización. Sin duda, puesto que el capitalismo ha sido hasta ahora el sistema dominante y puesto que nos ha propuesto diversos

modelos de salvación, sus valores y su credibilidad son los más afectados en esta crisis. Pero también lo son los de aquellos otros tipos de sociedad que se han inventado como alternativa de sistema social, de los que cabe decir que no han logrado aún la creación de recios valores para sustituir a los que se desploman a nuestra vista. Ese derrumbamiento de valores que fueron comunes a la inmensa mayoría de una sociedad como la nuestra durante más de medio siglo, sin que hayan sido sustituidos por otros, nos lleva inevitablemente a una coyuntura de nihilismo moral.

Por consiguiente, pienso que unos y otros estamos ante el gran desafío de nuestro tiempo: la búsqueda de una nueva moral que corresponda a este mundo en que nos ha tocado vivir, en el que cada año millones de jóvenes entran en la adolescencia y otros en la edad adulta sin haber encontrado un trabajo en que realizarse, en que ganarse el sustento y en que encontrar confianza en sí mismos; que llegan a esa edad contemplando entre atónitos y envidiosos (¿por qué no?) los objetos atractivos de uso y consumo que los estratos superiores de la sociedad disfrutan y que la publicidad y el sistema de comercio «consumista» exhiben por doquier. Y a esos jóvenes, a quienes la sociedad rechaza, no les basta nuestro «rollo», ya sea de cristianos o de ateos, por bienintencionado que esté, si no da respuesta a sus angustias, a sus problemas y preguntas.

Que nadie se engañe. Esos jóvenes y otros que lo son menos necesitan una alternativa social y cultural, pero también *moral* que les despeje el camino del porvenir.

La búsqueda de una moral de nuestro tiempo, que exalte los mejores valores humanos de cara al porvenir y no de espaldas, exige un serio examen autocrítico (o examen de conciencia, si se prefiere el término) por parte de las jerarquías de la Iglesia, a nivel ecuménico, pero también a nivel de Estado español. Sin duda, en el plano más elevado nos parece la cuestión más inquietante, ya que tenemos la impresión de que en esta coyuntura el Papado no acepta otras «novedades» que aquellas que son inevitables. Pero hay más; desde un año a esta parte la adopción por medios próximos al Papado de técnicas de «mass media» parece dirigirse fundamentalmente a la imaginación de los sectores más elementales de la sociedad; parece como si se quisieran utilizar las técnicas más contemporáneas, pero para mantener las vivencias más atávicas. Podríamos citar ejemplos de discos, canciones, estampas, etc., en que se intenta «vender una mercancía espiritual» con la tosquedad de hace siglos, pero utilizando las técnicas de finales del XX. Y esto, en el mejor de los casos,

es puro conformismo. Sabemos que se hace también en política, en el comercio..., pero sería deseable que no se utilizase en religión si es que se quiere proseguir e intensificar el diálogo y la cooperación entre creyentes y no creyentes (y queremos suponer que ese buen deseo existe). Y un populismo cuyo fondo fuese obstinadamente conservador equivaldría a querer utilizar «la masa» en desprecio de la persona humana.

¿Y LA IGLESIA EN ESPAÑA?

A nivel español, no vamos a ocultar que, tras la actitud esperanzadora de la Iglesia a partir del decenio de los sesenta, y concretamente, tras aquella histórica homilía en los Jerónimos de Madrid en noviembre del 75, la reaparición de viejos reflejos constantinianos y, sobre todo, el apego a fórmulas conservadoras tan alejadas del pueblo y de la juventud de España, nos ha parecido altamente inquietante. La obstinación, por ejemplo, en querer imponer la indisolubilidad del matrimonio a todos los ciudadanos del Estado español nos parece un resabio de imposición e intransigencia bastante penoso. Y ello sin entrar en el fondo del asunto, en esos cientos de miles de matrimonios deshechos y que —lo quieran los prelados o no lo quieran— han tenido que reconstruir sus vidas a retazos, a golpes, como han podido, con graves consecuencias morales para ellos y para sus hijos; y otros cientos de miles de jóvenes que, ante ese espectáculo de arcaica intransigencia, optan ya por no casarse. ¿De verdad les parece a los prelados que eso es defender la moral? Me viene a mientes la frase aquélla, muy dura, verdad, pero que es de uno de los Padres participando en el Concilio Vaticano II, según la cual estos temas eran enfocados por un areópago de «solterones reprimidos» *(celibataires refoulés)*. Yo no quiero decir tanto, pero aquellos que están en los altos planos de la Iglesia no debieran dar motivo para que alguien los juzgase así (2).

Otro aspecto, de enorme gravedad, es el aferramiento a posiciones privilegiadas en la enseñanza. Creo que ya todos debiéramos tener la suficiente seriedad y él conocimiento semántico para saber que escuela laica no quiere decir escuela atea, sino neutra, perfectamente compatible con la enseñanza de la religión de tipo voluntario y respetando los preceptos de la Constitución, (aunque también actuaron los grupos de presión eclesiales al redactarse ciertos artículos de la Constitución). Por

(2) Naturalmente, no entramos en el tema, más espinoso, de que la Iglesia está aceptando un divorcio de hecho, so pretexto de nulidad, reservado a millonarios a causa de su coste.

otra parte, y pese a múltiples declaraciones de buena intención, los centros de enseñanza media y superior que dependen de congregaciones religiosas o institutos seculares siguen siendo fundamentalmente de pago, siguen efectuando una discriminación de hecho del alumnado, siguen siendo —algunos de ellos, por lo menos, y creo que están en la mente de todos— verdaderos centros de formación de «cuadros» de la burguesía tecnocrática, recubierta con una capa ideológica muy de «antiguo régimen».

Lo antecedente no significa la menor oposición al funcionamiento de esas instituciones docentes, sino a cualquier situación que las privilegie total o parcialmente o que las equipare a las del Estado, a las que son de todos.

Hemos puesto dos ejemplos de cierto interés en nuestro país, no con ánimo polémico, sino para intentar mostrar *a sensu contrario* que el camino de la petrificación, del empecinamiento en fórmulas arcaicas que pugnan con la realidad cotidiana, y también el reflejo de mantener privilegios o de imponer a todo ciudadano, creyente o no, lo que pueda ser una norma para los integrados en la Iglesia, no conducen ni a poner a la Iglesia en la vanguardia de una moral de nuestro tiempo, ni a facilitar el diálogo y la comprensión entre católicos y agnósticos y ateos.

A MODO DE CONCLUSION

En conclusión —si conclusión permite el tema—, estamos muy lejos de negar la posible función social y humana del Papado en el mundo de nuestros días. Lejos de eso, creemos que «las Divisiones del Vaticano» son una de las fuerzas verdaderamente determinantes que hay en nuestro mundo. Pero, por eso mismo, si se las emplea con un criterio o con un subconsciente encaminado a buscar enfrentamientos y no uniones, si desde ellas se siente la nostalgia de una concepción jerárquico-autoritaria de la sociedad civil, su función por la paz e incluso por unas relaciones humanas más justas, puede trocarse en disfunción; y eso es muy grave.

Una última precisión: siempre hemos distinguido entre el Papado y el cuerpo total de la Iglesia, integrado por todos los fieles. Cuando Pío XII fulminaba sus anatemas, el que esto escribe se condolía de ello en íntima colaboración con los amigos franceses de *La Quinzaine,* víctima de la nueva cólera inquisitorial; y colaboraba en *Esprit;* y soñaba días de libertad ganada a pulso en la lucha, con sus compañeros católicos españoles. Pienso, entre otras cosas, que el antagonismo de clases sociales y

de ideologías emanadas o condicionadas de/por esas clases atraviesa la totalidad del conjunto de creyentes que forma la Iglesia, sin excluir dentro de ella las instituciones eclesiales como tal aparato. El hecho de que en la cúspide de ese aparato apunten síntomas de repliegue o involución lo estimo lamentable y hasta preocupante; pero estimo que en modo alguno debe influenciar la actitud de los no creyentes en sus relaciones con los cristianos, el talante de apertura, y mucho más la convicción de que todo lo que nos une aquí abajo es mucho más que lo que nos separa. Adoptar una actitud contraria, volver a caer en el añejo reflejo del anticlericalismo (que nunca fue gratuito, no lo olvidemos, aunque sí fue muchas veces pernicioso para las causas revolucionarias) equivaldría a caer en la trampa que tal vez se nos tiende. ¡Qué más quisieran algunos! Que ante gestos de involución por parte de un sector de la jerarquía (o incluso de toda ella) reaccionásemos con hostilidad, para desempolvar ellos las viejas armas de la panoplia reaccionaria, «el comunismo intrínsecamente perverso», «la Cruzada, plesbicito armado» (Pla y Daniel *dixit)* y otras lindezas para que nos despedacemos entre hermanos.

No; el camino del porvenir, la lucha contra los acaparadores del bienestar y del poder a costa de las lágrimas de la humanidad, la edificación de una moral capaz de galvanizar a estos jóvenes de hoy, de quienes dependerá el destino del siglo XXI y, antes que nada, el aseguramiento de la paz mundial es empresa común a cristianos y no creyentes. Lo mismo que estamos convencidos de que el Papado y la Iglesia no pueden realizar ninguno de esos objetivos sin contar con quienes no comparten sus creencias, también sabemos que esas bases de un mundo mejor tampoco podrían construirse sin la colaboración activa de los cristianos.

Universidad de Pau, Verano de 1979